
Cuba y la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones de Bibliotecarios y Bibliotecas

Kate Williams-McWorter y Abdul Alkalimat

RESUMEN

Este artículo se centra en el trabajo bibliotecario internacional de Cuba al examinar la actividad de Marta Terry González, una líder bibliotecaria en varias de las principales instituciones de Cuba. Como mujer afrocubana, representó el alza del sur global, y entró a la esfera internacional en 1968, donde permaneció activa durante cuarenta años. Al considerar los eventos en los que participó por mediación de la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones de Bibliotecas (IFLA) de principio a fin, este artículo explica cómo el trabajo bibliotecario cubano democratizó la esfera y se extendió para ofrecer mejores servicios bibliotecarios a más personas.

Este artículo analiza cómo Cuba influyó las bibliotecas a nivel mundial y viceversa, usando un método biográfico y así delinea la actividad de una persona crucial.¹ La bibliotecaria afrocubana Marta Terry González (1931-2018) nació en La Habana, creció en un hogar multigeneracional y cursó estudios de filosofía, literatura y bibliotecología antes de que la Revolución Cubana tomara el poder en 1959. Encontró su misión y vocación en construir y defender las bibliotecas de su país. Trabajó para JUCEPLAN, la junta de planificación central liderada por Che Guevara. Administró la biblioteca de la Casa de las Américas, la reconocida organización cultural del hemisferio liderada por Haydée Santamaria. Y dirigió la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba a lo largo de la crisis del colapso de la Unión Soviética en 1991 y de la economía cubana durante varios años después.

Marta Terry también fue el punto de contacto de las bibliotecas de Cuba a nivel internacional, a la vez que mantenía estas bibliotecas abiertas funcionando para circunscripciones cada vez más amplias. Introdujo las

ideas de Cuba en el discurso bibliotecario mundial y las prácticas bibliotecarias internacionales, y también llevó bibliotecarios a Cuba. Lo hizo mediante una organización fundada en Europa, dirigida principalmente por bibliotecarios de Europa y Norteamérica. El contexto, su manera de trabajar y los resultados son en conjunto una particularidad de las batallas que todas las bibliotecas libran para servir a otras y autotransformarse. Este aspecto del trabajo bibliotecario cubano es también una particularidad que nos ayuda a entender el enfoque cubano con respecto a las bibliotecas, la tecnología y la comunidad.

La experiencia bibliotecaria cubana es parte de la experiencia bibliotecaria mundial. Su surgimiento en este contexto global es parte de la historia de la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones de Bibliotecarios y Bibliotecas (IFLA, por sus siglas en inglés) Marta Terry González desempeñó un papel fundamental para Cuba al aprender primero de la IFLA y al representar después la experiencia bibliotecaria cubana y defender la integridad nacional de Cuba en contra de ataques. Esta es una historia, que abarca más de cuatro décadas, de importancia internacional y diplomática en el mundo bibliotecario y más allá.

La IFLA se fundó en 1927 como una red profesional principalmente europea/estadounidense. Después de la Segunda Guerra Mundial, la organización abrió su membresía a los países de Europa del Este y la Unión Soviética. Aunque creció a un ritmo más acelerado durante los años 60 y 70, aún seguía siendo una organización internacional de Europa, el antiguo bloque colonial e imperialista al que se le sumaba ahora el bloque socialista. Pero la IFLA continuó su lucha para abrirse a los países pobres a medida que estos construían bibliotecas. El influyente bibliotecario y académico S. R. Ranganathan comentó acerca de esto:

Lo que el occidente logró en asuntos bibliotecarios en un siglo, los pueblos que recién despiertan están obligados a alcanzarlo en una generación. Los ocupantes actuales de la IFLA no se dan cuenta de esto. Desde 1948 he participado en varias reuniones de la IFLA. Todas han sido cortesía. Pero en sus propuestas y acciones, persiste la antigua perspectiva de que lo "internacional" en la IFLA está completamente ocupado por Europa Occidental y Norteamérica. Puede ser inconsciente e inclusive sin intención de su parte. Pero para los foráneos, está tan claro como el día en los trópicos. (Ranganathan 1954, 183)

Para los años 70, la IFLA había decidido alcanzar los países en vías de desarrollo. Más países estaban formando asociaciones bibliotecarias nacionales que podían unirse a la IFLA. Los viajes aéreos y las comunicaciones se habían vuelto más asequibles. Como resultado, la participación, en los años 80, creció a un ritmo más acelerado, con reuniones de hasta 3000 personas. Muchas de estas reuniones tuvieron lugar en regiones completamente nuevas, en ciudades tales como Manila, Nairobi, Tokio y Sídney. Casi 90 años después de su fundación, la IFLA ha pasado a ser de un pe-

queño club a una organización no gubernamental internacional multifacética. Pero los recursos de la IFLA son escasos, y los recursos de los países pobres aún más estrictos. En los años 80, el financiamiento de la UNESCO para la IFLA para su difusión y apoyo finalizó, fundamentalmente para las asociaciones bibliotecarias en el sur global. Los bibliotecarios escandinavos lograron alcanzar un nuevo apoyo para el Programa de Desarrollo de la Bibliotecología (Advancement of Librarianship Program), pero a nivel general significaba menos ayuda para los países en vías de desarrollo. Por lo tanto, la mayoría de los países continuaron teniendo dificultad para organizar sus propias asociaciones bibliotecarias (requeridas para la membresía de la IFLA), viajar a las reuniones, y así asumir puestos de liderazgo.

A medida que se volvió más inclusiva, la IFLA enfrentó los problemas de la nueva crisis de información global que se concentró en la producción y distribución de artefactos de conocimiento tales como libros y publicaciones periódicas. La polaridad de la riqueza y el carácter destructivo del desarrollo bajo la colonización significaron que las bibliotecas fuera de los países ricos, particularmente las bibliotecas públicas, no eran instituciones estables y suficientemente financiadas, en caso de que existieran. En sus primeros tiempos, la Biblioteca Nacional de Cuba se estaba dividiendo para ser enviada a España, y se trasladó de lugar repetidamente hasta que se perdió su colección parcialmente debido a un incendio, y no tuvo fondos del gobierno hasta la década de 1950. Además, a medida que se construyeron los sistemas de bibliotecas, se enfrentaron a la aplicación de infraestructuras y normas eurocéntricas inadecuadas para cada uno de sus contextos nacionales. También se planteó la cuestión de la formación profesional y la traducción necesaria de los recursos mundiales a los idiomas locales. La organización global de las bibliotecas no es una tarea sencilla, pero el contexto principal de este proceso ha sido la acción de la IFLA, porque aquí es donde se reúnen los bibliotecarios del mundo, y principalmente aquellos con más poder.

La importancia de la IFLA ha sido destacada por diversas fuentes, y ha logrado la atención de los bibliotecarios cubanos. En 1968, cuando Marta estuvo en Casa y Haydée la envió a participar en un evento de capacitación de la IFLA en Copenhague, pasó por París. Allí conoció a su exprofesor Carlos Víctor Penna, que todavía estaba activo en la bibliotecología internacional. Él le aconsejó que Cuba comenzara a planificar para unirse a la IFLA. Poco después, Ekaterina Furtseva, la ministra soviética de cultura, visitó Cuba y la Casa de las Américas. Ella se reunió con el personal, y uno de los puntos que resaltó ante Marta y otros colegas fue que la IFLA sería una organización importante para que Cuba se uniera, y un recurso y un espacio importante para aprender y compartir.

La participación cubana en los eventos convocados por la IFLA comenzó en 1980 cuando la bibliotecaria Olinta Ariosa asistió en Manila como representante del Ministerio de Cultura. A Marta también se le so-

licitó que asistiera, pero no pudo. Olinta se convirtió en una fuerte defensora de Cuba para conseguir ser parte de la membresía. Pero existía un gran obstáculo que se debía superar: Cuba solo podía unirse a la IFLA por medio de una organización nacional de bibliotecarios profesionales. Ya los bibliotecarios estaban activos en cinco organizaciones de masas. Estas funcionaban según los vecindarios y centros de trabajo: el Sindicato de Trabajadores de la Administración Pública, que era el sindicato al que pertenecían los trabajadores de las bibliotecas; el Partido Comunista de Cuba, que proporcionó la orientación política; los Comités de la Defensa de la Revolución (CDR), por su labor de abordar el papel de la biblioteca en la comunidad local; la Federación de Mujeres Cubanas, ya que la profesión de bibliotecario estaba dominada por las mujeres; y la Milicia Nacional Revolucionaria, que se ocupaba de la seguridad del país. Pero un movimiento nacional también estaba en marcha para formar asociaciones profesionales para ocupaciones altamente calificadas, tales como médicos, ingenieros y ahora los bibliotecarios.

Habían existido dos organizaciones diferentes de bibliotecarios antes de 1959: La Asociación de Bibliotecarios Cubanos y el Colegio de Bibliotecarios. Ambas se disolvieron en 1959, una debido a sus lazos con el régimen de Batista y la otra porque sus miembros rechazaron la transformación revolucionaria que se avecinaba y partieron hacia el mundo capitalista, principalmente los Estados Unidos. Hacia 1980 ya era hora de comenzar una nueva etapa. En el período de un año, Olinta y Marta habían establecido la Asociación Cubana de Bibliotecarios.

Ellas organizaron los documentos requeridos para solicitar el estatuto legal del gobierno, encontrar la manera de establecer una cuenta bancaria y tener representación formal legal y postal. Tenían que inaugurar filiales en cada provincia. En este proceso, Blanca Mercedes Mesa ofreció un apoyo destacado, incluyendo concebir un nuevo nombre post-Batista para la asociación: el acrónimo ASCUBI. El comité organizador pudo celebrar un congreso fundacional al que asistieron unos cincuenta bibliotecarios, muchos de ellos antiguos alumnos de Olinta, Marta o ambas. En la reunión de IFLA de 1981 en Leipzig, las dos estaban dispuestas a participar como miembros representantes de ASCUBI.

Para su segunda reunión anual de la IFLA en 1982, a Marta le aceptaron un artículo, que presentó junto con otros de América Latina y el sur global. Y treinta y dos años más tarde, Patte misma buscó a Marta para participar en la reunión de La Habana de la Junta Internacional de Libros para Jóvenes, una ONG que radica en Suiza. Las dos líderes mundiales de la biblioteca se reunieron y recordaron el pasado y la inolvidable maravilla de la IFLA celebrada en La Habana en 1994, y se rieron. Este patrón se convirtió en el ritmo de trabajo de Marta en la IFLA: ser acogida y a la vez encontrar resistencia por su perspectiva personal, pero finalmente ganar reconocimiento, respeto y aliados. A medida que los bibliotecarios

del tercer mundo en particular se fueron conociendo, el respeto llegó más rápidamente, luego la admiración, los intercambios y la cooperación. El camino hacia la bibliotecología y el intercambio profesional fue en realidad mediante la espesura política.

Así que, desde el principio, Marta la bibliotecaria tuvo que hacer presión. Su primer taller de la IFLA en 1968 no se efectuó como una reunión anual sino como una capacitación a la que Cuba había sido específicamente invitada. Pero una vez sentada en la reunión en Dinamarca, tuvo que recuperarse de la sorpresa cuando algunos colegas trataron de interrumpirla. Recuperó su voz, diciéndoles, “¡No soy un tanque soviético!” Dos eventos internacionales se habían fugado, al menos temporalmente, con su colegialidad. El 9 de octubre de 1967, el Che Guevara había sido asesinado por la CIA en Bolivia. Se había convertido en un ícono universal. Y el 20 de agosto de 1968 la URSS y sus aliados del Pacto de Varsovia habían invadido Checoslovaquia. El comentario de Marta suscitó diversas reacciones: oposición consolidada, vergüenza y una definida muestra admiración por la hermosa mujer de treinta y siete años que podía convertir una frase en varios idiomas. Su abuela y la bisabuela—Higinia Terry, que sacó a su familia del pequeño pueblo de Madruga para escapar del concubinato, y Marta O’Farrill, que sobrevivió a la esclavitud—estaban con ella ese día.

A partir de 1981, Marta comenzó a participar en las reuniones anuales de IFLA y más, y dejó de asistir solo a tres durante los próximos treinta años. Cuando comenzó a ofrecer sus servicios en los comités de la IFLA, viajó a la sede en La Haya, Países Bajos. Sus viajes siempre han sido problemáticos debido al bloqueo de los Estados Unidos, la falta de recursos financieros y las exigencias de sus responsabilidades en Cuba. Aun así, en la mayoría de los años consiguió reunir los recursos y obtener las visas oficiales que resultaron necesarias para sus viajes internacionales. Para la IFLA celebrada en Nairobi en 1984, las visas kenianas no llegaron, pero el trío de Marta, Olinta y Miriam Martínez, por muchos años el equipo cubano de la IFLA, logró viajar. Fueron detenidas e interrogadas en el aeropuerto hasta que un representante de la IFLA pudo llegar a un acuerdo con la policía. Para IFLA Sidney en 1988, gastó dinero para llegar a México para obtener una visa, pero la embajada de Australia la rechazó. Para la IFLA Boston en 2001, Estados Unidos emitió su visa sólo con el tiempo suficiente para que ella llegara el último día de la conferencia, demasiado tarde para defender a Cuba, como veremos a continuación.

Los líderes de la Revolución Cubana, ya sean famosos o conocidos sólo por pocas personas, han tenido que hacer grandes sacrificios, colocando a menudo su responsabilidad política y social por encima de sus vidas personales y familiares. Esto también es cierto para cualquiera que trabaje como profesional, respetando altos estándares éticos. En 1987, Marta asistió a la reunión de IFLA Brighton cuatro meses después de que su marido falle-

ciera, con sus emociones y su vida pasando por una etapa de grandes cambios y dificultades. Recordó que esa reunión había sido demasiado dura.

Han existido tres formas interrelacionadas en las que Marta ha desempeñado un papel importante en la IFLA. En primer lugar, fue la representante oficial de los bibliotecarios cubanos. Esto implicó llevar lecciones de Cuba a la IFLA y viceversa, y difundir el mensaje más allá de las reuniones formales. Implicaba conectar a las personas entre sí y a las nuevas ideas y experiencias acumuladas. La clave consistía en lograr que el liderazgo nacional de Cuba más allá de las bibliotecas, la intelectualidad y los líderes políticos, se dieran cuenta del trabajo de las bibliotecas y de lo que estaban logrando para Cuba. En segundo lugar, a partir del momento de 1968 en Copenhague, llevó a cabo una labor de defensa de las bibliotecas cubanas, y por lo tanto de Cuba, contra las ofensivas del Departamento de Estado de los Estados Unidos. En tercer lugar, fue líder de los bibliotecarios del tercer mundo en el discurso internacional, y ayudó a otros a transformar también la teoría y la práctica de la bibliotecología. Como parte de esto, persuadió a los colegas latinoamericanos y caribeños a ser más activos en las reuniones de la IFLA. Los tres aspectos de su trabajo hicieron que las bibliotecas fueran más eficaces y mejor apoyadas en Cuba.

En el evento de la IFLA en París en 1989, la actividad cubana y del tercer mundo había tornado el clima de la IFLA un poco más cálido. Por un lado, ese año el español (lengua materna del 7 por ciento de la humanidad, hablada en treinta y uno países) se convirtió en el quinto idioma oficial de la IFLA, junto con el inglés, alemán, francés y ruso (10 por ciento de la humanidad y en 1999, dieciocho, cincuenta y uno, y dieciséis países respectivamente). Sólo el chino (el 19 por ciento de la humanidad y en treinta y tres países) habría alcanzado un mayor número de la población mundial. Esta nueva política favoreció a los latinoamericanos en alza. Hoy en día, el chino y el árabe, idioma nativo del 4 por ciento de la humanidad y hablado en veintiseis países, son también lenguas oficiales de la IFLA, en consonancia con las lenguas de las Naciones Unidas (Simons y Fennig).

Un administrador de bibliotecas experimentado y bien conocido de los Estados Unidos acababa de ser elegido para la junta directiva de la IFLA: Robert Wedgeworth. Durante la semana de la reunión de la IFLA organizó una discusión bilateral entre la ASCUBI y la Asociación Norteamericana de Bibliotecarios (ALA, por sus siglas en inglés). El propósito de la reunión era que Marta presentara la experiencia de la bibliotecología cubana y las ventajas de celebrar una reunión anual de la IFLA en La Habana. La sesión de París, que abrió las puertas a la IFLA La Habana en 1994, también propició el inicio de una larga colaboración entre Wedgeworth y Marta.

Wedgeworth era el decano de la Escuela de Servicio para las Bibliotecas de la Universidad de Columbia, después de fungir como director ejecutivo de ALA de 1972 a 1985. También fue el primer afroamericano en esa posi-

ción dentro de ALA. Elegido presidente de la IFLA en 1991, Wedgeworth fue el primer no europeo en ocupar esa posición, solo el segundo de los Estados Unidos, y cumplió dos mandatos hasta 1997. Había ascendido a través de las filas profesionales en los Estados Unidos, trabajando en bibliotecas públicas y académicas, y especializado en la aplicación de nuevas tecnologías de la información. Una información que proviene de la Universidad de Rutgers, donde obtuvo un doctorado, cuenta una historia característica sobre su personalidad:

En 1962, cuando trabajaba como catalogador en la biblioteca pública de Kansas City, fue escogido para demostrar la biblioteca del futuro en el pabellón de la Asociación de Bibliotecarios Norteamericanos en la Feria Mundial de Seattle. “Teníamos una copiadora Xerox allí, y las copiadoras eran raras en aquella época”, dijo. “Teníamos una computadora Univac de estado sólido que le entregaba una copia impresa y una gran cantidad de luces que parpadeaban y discos que zumbaban. Nuestro pabellón fue muy popular.” (Branson 2013)

Wedgeworth estaba más que consciente de las cuestiones relacionadas con la equidad dentro de la bibliotecología estadounidense. También ha estado activo internacionalmente desde los años 60, y estaba comprometido con que la IFLA se volviera más global, y trabajó durante algunos años como miembro de la junta directiva de IFLA junto a Marta. Los dos bibliotecarios, de Cuba y de Estados Unidos, compartieron intereses comunes tanto en la equidad como en la tecnología.

La reunión anual de IFLA en 1991 tuvo lugar en Moscú. Wedgeworth fue elegido presidente y Marta como vicepresidente. Marta fue la primera funcionaria latinoamericana de IFLA, y solo la tercera mujer. Esta fue una reunión compleja que tuvo lugar en un vacío de poder inestable. Yeltsin estaba tomando el poder, y las calles estaban llenas de protestas políticas, sin hablar de rumores. Marta estaba tan decidida a presenciar todo lo que estuviera en marcha, dijo que se sentía como “en el hundimiento de algo muy grande”, que dejó el edificio de la conferencia, y pasó por el lado de un colega que al verla declaró: “¿Marta Terry no asistiendo a una sesión de junta? ¡Esto es inédito!”

Así llegó a la Plaza Roja y se sentó allí a observar el ir y venir de la gente, los manifestantes y las fuerzas policiales. Pero ¿cómo entenderlo? ¿Estaba el gobierno realmente colapsando? De regreso en su habitación de hotel, recibió una llamada inesperada. No fue otro que Pancho, Francisco García Valls, de la Universidad de La Habana en los días de Batista, de la JUCEPLAN, y ahora del Consejo de Ayuda Económica Mutua. CAME se reunía durante esa misma semana en Moscú. “Va a terminar,” le dijo. “Muchas cosas van a cambiar.”

Pero Marta, recién electa vicepresidenta de la IFLA, vio algo diferente en la IFLA celebrada en Moscú. Diferente a lo que sucedía fuera, los bibliotecarios del mundo, especialmente del sur global, habían gastado mu-

cho dinero para llegar para reunirse y compartir. Los bibliotecarios responsabilizados con la acogida de los visitantes estaban presentes a pesar de sus ansiedades personales y familiares. Los miembros de Occidente se estaban escabullendo con su equipaje, capaces de negociar nuevos billetes de avión y salir rápidamente. Un murmullo comenzó acerca de cerrar la reunión temprano.

Pero docenas de participantes aún no habían hecho sus presentaciones. Esta podría ser su primera IFLA, o su última. Marta levantó la voz para seguir con la reunión. "Pase lo que pase, somos los bibliotecarios del mundo y no podemos tener miedo", argumentó. Wedgeworth estuvo de acuerdo, y su singular sociedad se solidificó aún más: una unidad de contrarios en los más altos cargos, un afroamericano de los Estados Unidos como presidente y una mujer afrocubana como vicepresidenta. Esta fuerte colaboración fue un contrapeso para la crisis que comenzó a sumirse en la sociedad cubana cuando su socio comercial más grande se derrumbó, lo que causó que la actividad económica en la isla cayera un tercio en pocas semanas. Fue el comienzo del Período Especial en Tiempo de Paz, en el que Cuba tuvo que reinventarse para sobrevivir.

Marta experimentó la reunión de la IFLA celebrada en Barcelona en 1993 como la mejor basada en el respeto y la amistad expresada entre profesionales de muchos países, especialmente la diáspora hispanoparlante y los países en desarrollo. Al mismo tiempo, un asunto en particular surgió por primera vez. De los países ricos (algunos pensaron que emanaba de la Asociación Americana de Bibliotecas, que tiene una unidad similar) surgió una propuesta para un comité de la IFLA para evaluar las bibliotecas (y los países) del mundo sobre medidas aún no identificadas relacionadas con el libre acceso a la información y a la libertad de expresión. Marta expresó su preocupación porque este comité solo reprendería a los países vulnerables o menos desarrollados de la bibliotecología, e interferiría con la cooperación y confianza internacional de las bibliotecas. Hablaba sin escuchar. Ella y otros lograron presentar la propuesta.

Durante el próximo año, Marta, como jefa del comité anfitrión, y Wedgeworth, como presidente de la IFLA, trabajaron estrechamente para lograr la exitosa celebración de IFLA en La Habana. Debía fomentarse y organizarse la actividad en curso de la IFLA y las contribuciones de los países miembros (y más). El comité anfitrión tuvo que desarrollar e implementar un plan, y esa era la especialidad de Marta. Aparte de precisar cada detalle, ella se centró en la movilización de los bibliotecarios cubanos para asistir y hablar. Quería que aprendieran y se midieran por estándares internacionales. Avanzarían donde fuera necesario mientras escuchaban a los bibliotecarios de otros lugares. Ellos sacarían fuerza a partir de sus propios logros a medida que se los explicaban a los visitantes. Y todo esto contribuiría a atraer aún más la atención de la comunidad internacional para fortalecer las bibliotecas en el contexto de la Revolución Cubana, de Amé-

rica Latina y todo el sur global, y el gobierno cubano se daría cuenta de la importancia de las bibliotecas para el desarrollo nacional, incluyendo el Período Especial. Habían pasado solo tres años desde la crisis económica iniciada por el repentino colapso de la Unión Soviética, la que sumió a Cuba en una crisis que redujo la economía de la isla en un tercio (medida en PIB por persona) de 1990 a 1993. (Es interesante agregar que los rusos que asisten a la IFLA La Habana, la delegación estuvo dirigida por Ekaterina Genieva, constituyeron su primera gran delegación para participar en una reunión anual de la IFLA).

Un aspecto particular del trabajo de organización era la tecnología, donde Marta y Wedgeworth encontraron una causa común. Su visión era IFLANET, una "IFLA virtual" que involucraría a individuos y grupos que no podrían asistir a las reuniones anuales (Wedgeworth 1994). Estaba claro que algunos colegas vieron esto como otra barrera para los países más pobres con menos infraestructura de computadoras. La visión de Marta era exponer las fortalezas de Cuba en un contexto global para que todas las personas pudieran verlo, tanto en lo que respecta a sus recursos tecnológicos como a sus bibliotecas. El primer paso era conectar al liderazgo de IFLA en varios continentes, dentro y fuera de Cuba. Los canadienses fueron los primeros anfitriones de este servicio. Marta persuadió a las principales agencias cubanas para que proporcionaran más computadoras y líneas telefónicas a las bibliotecas cubanas para que pudieran ayudar a organizar la reunión. Movilizó a las bibliotecas cubanas para que usaran la novata IFLANET.

A medida que se acercaba la fecha de la reunión, los bibliotecarios de una mayor cantidad de países se conectaron. Ellos accedieron al servicio de correo electrónico, muchos por primera vez, para hacer consultas y registrarse. Cuando llegaron a la conferencia, cada uno recibió los documentos de la conferencia de la IFLA en un CD, que se podía compartir a través de la infraestructura informática más o menos desarrollada en cada nación. Al año siguiente, noventa países estaban representados en IFLANET, y muchos de ellos siguieron el ejemplo de Marta para presentar el caso a sus propios gobiernos por la necesidad práctica de ampliar los recursos tecnológicos para los bibliotecarios. A medida que el correo electrónico seguía siendo adoptado, los delegados de Europa del Este y del Sur que nunca habían asistido comenzaron a participar en la IFLA, leyendo sus ponencias y asistiendo a las reuniones. Y todo esto fue presentado por una alianza entre Cuba, Estados Unidos y la sede de la IFLA en Europa Occidental, a pesar del bloqueo de Estados Unidos. Lo que había parecido a muchos como un movimiento de exclusión era, de hecho, incluir a más bibliotecarios del sur global.

Hubo muchos detalles que resaltar de IFLA Habana. Los bibliotecarios cubanos demostraron sus altos estándares de servicio a los discapacitados visuales, con un seminario organizado que unió la Sección de Bibliotecas

para la Ciegos de la IFLA y la Asociación Nacional de Ciegos y Débiles Visuales, ANCI; este trabajo en la actualidad está dando frutos en Cuba. Otro punto destacado fue la creación de redes en todos los niveles con bibliotecarios de África y América Latina. Finalmente, la reunión tuvo éxito mediante una crisis muy breve y repentina de emigración hacia los Estados Unidos.

A principios de agosto, pocos días antes de que se reuniera la IFLA, Radio Martí, del gobierno de los Estados Unidos, transmitió que barcos con fines amistosos trasladarían ilegalmente a los cubanos para iniciar una nueva vida en la Florida. Con una la economía austera, mucha gente se sintió atraída. Subieron a embarcaciones y balsas, remendadas o robadas. Pero los barcos prometidos no llegaron hasta que la Guardia Costera de Estados Unidos activó su flota y trasladó a más de 32,000 cubanos a los campos de detención estadounidenses en Guantánamo. Después de una semana, atrapada por los mensajes que transmitía la radio estadounidense, Cuba estableció una nueva política: viajar a los Estados Unidos o hacia en cualquier lugar de su elección, ahora era legal salir. Los papeles se invirtieron, y la comunidad cubana de Miami comenzó a invertir el rumbo, y advirtió: “¡No se arriesgue!” En la semana siguiente, los Estados Unidos propusieron hacer legal un flujo limitado de inmigración. El acuerdo fue firmado por ambos gobiernos en septiembre.

El drama asesino, ya que las personas totalmente desprevenidas en el mar abierto que se ahogaban, tuvo lugar durante el evento de IFLA en La Habana, y sin embargo la sesión fue un éxito. A nivel profesional, La Habana también marcó un punto culminante: Marta y su comité de acogida habían movilizado a los bibliotecarios cubanos para participar en cada sesión. Este amplio contacto entre los profesionales cubanos y sus contrapartes de otros países constituyó un tremendo golpe contra el bloqueo y un estímulo para todos los profesionales de la isla.

Esto incluyó la participación de bibliotecarios de los Estados Unidos. Antes de la reunión, la Asociación Americana de Bibliotecas estaba atrapada en las discusiones: ¿Podrían los bibliotecarios estadounidenses asistir legalmente? Había gran debate sobre la interpretación de las limitaciones de viaje por parte del Departamento del Tesoro de EE.UU. ¿Deberían los bibliotecarios estadounidenses asistir? Y mientras la reunión se puso en marcha, el avión que transportaba a la presidenta de ALA, Betty Turock, recibió una amenaza de bomba a bordo y tuvo que regresar. La principal representante de la biblioteca estadounidense no llegó a la IFLA La Habana.

Incluso con esas interrupciones, la delegación de los Estados Unidos estuvo compuesta por setenta y cinco personas, incluyendo bibliotecarios públicos, bibliotecarios escolares, bibliotecarios académicos, profesores de LIS y otros. Y los setenta y cinco de ellos fueron convocados por lo que ellos llamaron su “participación productiva” en la reunión para firmar

una “Declaración de Bibliotecarios de los Estados Unidos y Puerto Rico sobre las relaciones entre Estados Unidos y Cuba”. Este documento hizo un llamado a EE.UU. para que normalizara las relaciones con Cuba y pusiera fin al bloqueo. Señaló que el comercio de alimentos y medicinas sería el freno para el éxodo actual de Cuba. Señaló que las restricciones de viaje de los Estados Unidos eran contrarias a los principios de la libertad intelectual y el derecho a saber. Y reconoció las actividades de acogida de “cientos de bibliotecarios dedicados cubanos de todos los sistemas bibliotecarios de Cuba”.²

Después del éxito de La Habana, la IFLA le solicitó a Marta que asesorara a otros países anfitriones para ayudar a que las reuniones en nuevas sedes fueran un éxito. Una vez más utilizando el correo electrónico antes que cualquier otra herramienta informática, ella asumió la responsabilidad de aconsejar a los bibliotecarios turcos y luego a los bibliotecarios chinos, cuando se prepararon para realizar sus primeras reuniones anuales de la IFLA, en 1995 y 1996, respectivamente. Y ella los ayudó en persona. Su consejo siempre era movilizar a sus propios bibliotecarios para participar y mostrar la cultura de su país de la mejor manera posible. Ella y ASCUBI habían reunido a los bibliotecarios e impresionado a los demás. La IFLA La Habana constituyó para muchos cubanos un punto culminante, la cresta de una ola de innovación que las bibliotecas recorrerían durante muchos años. Incluso hoy día continúa una discusión de IFLA-ASCUBI, por medio de (por supuesto) un LISTSERV en toda la isla, es decir, una lista de discusión electrónica operada por el Departamento de Relaciones Exteriores de la Biblioteca Nacional. El comentario de Marta sobre cualquier reunión anual de la IFLA que no reclutara a los bibliotecarios para asistir obligatoriamente fue, “¡Aburrido!”

En la IFLA Copenhague en 1997, Marta era la directora de un pre-seminario para los bibliotecarios de países en vías de desarrollo, como parte del programa de Desarrollo de la Bibliotecología de la IFLA, que después se convertiría en el programa de Acción para el Desarrollo a través de las Bibliotecas (ALP), financiado principalmente por fondos públicos y privados de Escandinavia. Ella había estado sirviendo como una consejera regular y entrenadora para este programa para desarrollar la bibliotecología en el sur global.

Cuando Robert Wedgeworth se convirtió en presidente de la IFLA (1991-1997), tenía la seguridad de que la IFLA necesitaba trabajar en dos temas: el derecho de autor y la libertad intelectual. En esto se enfocó durante sus últimos dos años. En 1995 en la reunión del consejo de la IFLA Estambul, ocho asociaciones de bibliotecas de Finlandia, Noruega y Suecia hicieron una propuesta que fue aprobada, como apoyo general al artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. La declaración era un enunciado de los principios de la era de la guerra fría adoptados por las Naciones Unidas.³

La Junta Ejecutiva de la IFLA estableció entonces un Comité ad hoc sobre Acceso a la Información y la Libertad de Expresión (CAIFE) y dispuso que la bibliotecaria estadounidense Marianna Tax Choldin dirigiera la reunión anual de IFLA en 1995 en Beijing. Durante su intervención (publicada más adelante por IFLA), ella presenta tres suposiciones: En primer lugar, que los bibliotecarios como profesión están comprometidos con el principio fundamental del acceso a la información y la libertad de expresión. En segundo lugar, que “todos los países, sin excepción alguna, tienen problemas con el acceso a la información y la libertad de expresión”. Por último, agregó que

las personas dentro de un país conocen mejor su situación que cualquier otro, y por lo tanto están en la mejor posición para sugerir estrategias y soluciones para mejorar el acceso y lograr la libertad de expresión en su propio país. Esta suposición tiene una consecuencia muy importante, de la que me recuerdo con frecuencia, y me tomaré la libertad ahora de recordarles: los foráneos no pueden resolver este tipo de problema; solo las personas que viven dentro de su propio país están en las mejores condiciones de solucionarlo. Ciertamente hay cosas útiles que los extranjeros pueden realizar, pero en mi opinión, la predicación, apuntar los dedos e incitar a la acción sin peligro al otro lado de la valla están, en mi opinión, entre ellos. (Choldin 1996)

El CAIFE estuvo dirigido por el profesor de la biblioteca británica AJ Evans, quien confió en un grupo ejecutivo de facto de Marianna; otro estadounidense, Robert Doyle; y un miembro australiano del consejo ejecutivo de la IFLA y tesorero, Warren Horton; así como un comité de treinta y tantos bibliotecarios de todo el mundo. En los debates celebrados en 1996 y 1997, surgieron diferentes puntos de vista. Un bibliotecario alemán recomendó una acción contundente y un miembro británico argumentó que la impaciencia debía triunfar sobre la diplomacia. Un miembro de los Estados Unidos comentó: “La IFLA necesita una plataforma desde la cual ‘ladrar’” (Byrne 2007, 60–61). Por otro lado, un bibliotecario chino afirmó que las diferencias culturales deben ser respetadas.

Marta exigió coraje, paciencia y diplomacia. Ella apoyó la iniciativa, pero determinó que se debía evitar convertirse en una manera para que las naciones ricas y poderosas golpeen a los pobres y menos favorecidos. Esto se puede resumir como la búsqueda de estándares universales que sólo pueden aplicarse en un mundo muy polarizado y estratificado. Como resultado, la controversia es inevitable. En 1997, el CAIFE se había convertido en una iniciativa permanente de la IFLA denominada Comité de Libertad de Acceso a la Información y Libertad de Expresión (FAIFE). Se estaba llevando a cabo un proceso de recopilación de información de los países miembros de la IFLA.

Mientras esto se desarrollaba, los Estados Unidos estaban tomando medidas adicionales contra Cuba, a medida que la isla experimentó la ex-

trema austeridad del Período Especial. Estados Unidos endureció su embargo con la Ley Torricelli de 1992 y la Ley Helms Burton de 1996. Esto convirtió al bloqueo en una ley estadounidense en vez de una política estadounidense. Helms Burton afirmó explícitamente a “las sanciones internacionales contra el gobierno de Castro en Cuba [y] para planear el apoyo de un gobierno de transición que condujera a un gobierno democráticamente elegido en Cuba.”⁴ Entre otras medidas, autorizó fondos para apoyar a los grupos para la democracia y los derechos humanos en Cuba. Este acto hizo oficial y público lo que había sido décadas de subversión secreta de los Estados Unidos en Cuba.

La respuesta de Cuba fue aprobar una ley que prohibía la distribución o aceptación de fondos Helms-Burton. En 1998, dos disidentes en Cuba anunciaron que su colección de libros de su casa constituía una “biblioteca independiente,” y un puñado de otros disidentes siguieron su ejemplo. Un bibliotecario estadounidense, Robert Kent, y un emigrado cubano contratado por organizaciones financiadas por el gobierno de Estados Unidos crearon los Amigos de las Bibliotecas Cubanas y comenzaron a abogar por estas llamadas bibliotecas en las listas de bibliotecas estadounidenses, en las reuniones de la Asociación de Bibliotecarios Norteamericanos y en los medios de comunicación estadounidenses. Al realizar algunos viajes a Cuba y entregar dinero, servicios médicos, suministros y libros a los grupos financiados por la USAID y otros, Kent fue deportado de Cuba en febrero de 1999 (Sparanese 2001).

Kent también se comunicaba con el propio Comité FAIFE. En septiembre de 1999, el presidente de FAIFE (el bibliotecario australiano Alex Byrne) y el personal de la IFLA en La Haya, decidieron emitir un informe crítico contra Cuba, basado principalmente en la información de Kent, así como en contacto telefónico con algunos de los “bibliotecarios independientes” y enviar una carta a Fidel Castro. La reunión anual de la IFLA, celebrada en agosto de 2000, en Jerusalén durante el intenso conflicto de las fuerzas israelitas y los palestinos. Este fue un espacio que resultó polarizador: el comité anfitrión había excluido a los bibliotecarios palestinos y, por lo tanto, los bibliotecarios árabes boicotearon y celebraron una reunión separada en otra parte. Un funcionario israelí inició la conferencia al contradecir explícitamente las promesas de la IFLA de mantener una conferencia abierta (Kagan 2005, 40). Marta fue uno de los numerosos delegados bibliotecarios del sur global que fueron arrastrados a largos y espantosos interrogatorios a su llegada o salida al aeropuerto. Ella viajaba sola sin una reserva de hotel o cualquier amigo local. Pero persiguió su objetivo: defender y promover lo que empezaba a denominar las “bibliotecas dependientes” de Cuba y de otros lugares, las que dependen de una base masiva de patrocinadores, fondos estables y el sector editorial de su propio país como base para las colecciones y programas de todo tipo. La presidenta de FAIFE recordó bien una palabra en particular que Marta

utilizó para las acciones FAIFE de la temporada anterior: “¡Calumnia!” (Byrne 2007, 101). A medida que se desarrollaba la discusión del comité, el presidente de la IFLA Wedgeworth caracterizó como la mayoría de edad de FAIFE.

La avalancha de comentarios a favor de las “bibliotecas independientes” también estaba encontrando resistencia fuera de FAIFE. Los bibliotecarios norteamericanos y otros bibliotecarios viajaron a Cuba y se reportaron de nuevo ante la prensa. La IFLA y la Asociación Americana de Bibliotecas enviaron un equipo de investigación de bibliotecarios a Cuba en 2001. Encontraron colecciones de libros, no bibliotecas independientes; activistas políticos, no bibliotecarios; la acción del gobierno contra esos activistas, pero no contra las bibliotecas o los libros. Y, recibidos por Marta y otros colegas, visitaron la extensa infraestructura bibliotecaria de Cuba y conversaron con bibliotecarios.⁵ Encontraron muchos de los libros llamados “prohibidos” en las colecciones de la Biblioteca Nacional y en otras bibliotecas públicas. Durante este mismo tiempo, Marta y otros bibliotecarios cubanos asistieron a las reuniones de ALA para describir la realidad de las bibliotecas en Cuba.

El Consejo de ALA adoptó una resolución en la que se solicitaba al gobierno de los Estados Unidos y a la IFLA que mejoraran el acceso a los libros publicados sobre todos los temas. En última instancia, tanto la ALA como la IFLA obtuvieron las evidencias y entendieron que ellas y su profesión estaban siendo utilizadas por el gobierno estadounidense para un ataque sostenido contra Cuba, expresado en el lenguaje de Helms-Burton. La comunidad bibliotecaria internacional había logrado entender el engaño contra ellas. Aunque todos los bibliotecarios estadounidenses que asistieron a IFLA La Habana habían firmado la carta después de la conferencia que solicitaba urgentemente el fin del bloqueo por motivos de libertad intelectual y el derecho a saber, la IFLA no había tomado acción con respecto al asunto después de 1994 (Kagan 2005, 39). En su lugar, como explicó Wedgeworth: “Después de la adopción formal del programa de FAIFE, Robert Kent y otros intentaron apropiarse del programa.” (R. Wedgeworth, comunicación personal).

Pero al asociarse con bibliotecarios dentro de Cuba, tanto la ALA como la IFLA pudieron obtener y difundir información que desenmascaró la deshonesto campaña desarrollada por las denominadas “bibliotecas independientes”. Esto se hizo a través del contacto de persona a persona y mediante la investigación oficial. La ALA incluso presentó solicitudes de la Ley de Libertad de Información que quedaron sin respuesta, pero aún así reconstruyeron los hechos relacionados con el patrocinio estadounidense de las “bibliotecas independientes”. Un documento resumido de ALA en 2008 explicó cómo los fondos de EE.UU. se canalizaron a través de múltiples organizaciones para patrocinar y promover las “bibliotecas independientes” (Dowling 2008). Al final incluso los bibliotecarios que



Figura 1. Marta Terry González con tres colegas estadounidenses: la educadora bibliotecaria Betty Turock, el bibliotecario Al Kagan, el educador bibliotecario E.J. Josey, en la recepción de la Mesa Redonda de Responsabilidades Sociales, parte de la conferencia de la Asociación de Bibliotecas Americanas. (Foto cortesía de Al Kagan.)

no tenían conocimiento previo acerca de Cuba pudieron ver que eran falsos.

A través de este proceso, Marta fue la representante de Cuba y sus verdaderas bibliotecas. Personalmente se convirtió en un blanco del ataque contra Cuba. Pero sus décadas de liderazgo en Cuba y en IFLA, su base entre los bibliotecarios del sur global; y su diplomacia continua y estilo no confrontacional, perfeccionada en las bibliotecas de la Cuba Revolucionaria, sostuvo a Cuba a través de este ataque. Como posdata de esta prolongada batalla por el derecho a la autodeterminación de Cuba, ganó el apoyo de FAIFE para organizar a los bibliotecarios para abordar el acceso a la información básica sobre salud y seguridad. El objetivo eran proyectos prácticos y ejemplares que proporcionarían libertad intelectual y acceso a la información. Ellos produjeron materiales para la formación de bibliotecarios africanos, la mayoría de los cuales trabajan sin acceso a la educación para la formación bibliotecaria. En estos documentos, Marta se refiere al “consenso internacional sobre estos asuntos” y explica:

Entonces, ¿qué es la libertad intelectual? Tal como lo vemos, es la capacidad de un individuo para expresar sus ideas. Esas ideas surgen de información previa, conocimiento previo que se ha convertido en su interpretación de la realidad . . . Cuando un bibliotecario se siente libre de ofrecer cualquier información solicitada por un usuario, ese



Figura 2. Robert Wedgeworth nombrando a Marta Terry González como Miembro Honorario de la IFLA en 2006. (Foto cortesía de Robert Wedgeworth.)

bibliotecario también está utilizando ese derecho soberano. La manifestación de la libertad intelectual puede estar determinada por la religión, la cultura, la ideología y la herencia social nacional. (Terry González 2009)

Marta recuerda a la IFLA Seúl en 2006 como el máximo pico de la batalla: una campaña susurrante contra ella y contra Cuba llegando incluso a situaciones peligrosas, ya que, con setenta y cinco años, su caída accidental de una silla le supuso mucho dolor. Pero ella fue reivindicada ese mismo año: la IFLA la nombró Miembro Honorario (ver fig. 2). Este premio sólo se otorga a aquellas personalidades con décadas de servicio y liderazgo en la IFLA. Ella era entonces la veintiuna persona reconocida en más de ochenta años de fundada la IFLA; la tercera mujer; la primera de fuera de Europa o Norteamérica. Había hecho muchas contribuciones de diferente índole que contribuyeron a avanzar en trabajo bibliotecario en el mundo, y ahora esto estaba siendo ampliamente reconocido. Después de tantas campañas, luchas y victorias, fue un premio tanto para ella como para Cuba.

NOTAS

1. Este artículo es un resumen del capítulo 10 de Alkalimat y Williams (2015). Usado con autorización.
2. Este documento se ha reproducido muchas veces, por ejemplo, como "Documento" (2000).

3. El artículo 19 plantea lo siguiente: “Toda persona tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye la libertad de tener opiniones sin interferencia, buscar, recibir e impartir información e ideas a través de cualquier medio y sin importar las fronteras”. Las Naciones Unidas votaron y adoptaron la declaración en 1948; el bloque soviético y la Arabia Saudita se abstuvieron.
4. Helms Burton es formalmente la Ley 22 de la Libertad y Solidaridad Democrática con Cuba (Libertad) § 6021–6091 (1996) 109.
5. Para conocer una breve y clara historia de los estados más recientes del desarrollo bibliotecario de Cuba, véase Pateman (2001). El autor también se mantuvo activo en esa época para ayudar a disipar la confusión y la falta de información.

REFERENCIAS

- Alkalimat, Abdul, and Kate Williams. 2015. *Roots and Flowers: The Life and Work of Afro-Cuban Librarian Marta Terry González*. Sacramento, CA: Library Juice Press. [Disponible en español como *Raíces y Flores: La Vida y Obra de la Bibliotecaria Afrocubana Marta Terry González*, publicada en 2019 por Twenty First Century Books and Publications, Chicago y el Ministerio de Educación Superior, La Habana. Traductor Javier Santovenia Díaz. <http://beduniv.reduniv.edu.cu/index.php?page=13&id=3478&db=0.1>]
- Branson, Ken. 2013. “Forty Years Later, Doctoral Candidate Returns to Rutgers to Defend His Ph.D. Dissertation and Earn Degree.” *Rutgers Today*, January 11, 2013. <https://news.rutgers.edu/feature-focus/forty-years-later-doctoral-candidate-returns-rutgers-defend-his-phd-dissertation-and-earn-degree/20130111#W5WmaqLiA2w>.
- Byrne, Alex. 2007. *The Politics of Promoting Freedom of Information and Expression in International Librarianship*. Lanham, MD: Scarecrow Press.
- Choldin, Marianna Tax. 1996. “Beginning a Conversation on Access to Information and Freedom of Expression.” *IFLA Journal* 22 (4): 281–82.
- Dowling, Michael. 2008. *Cuba Update for ALA 2008 Annual Conference*. Washington, DC: American Library Association.
- Kagan, Al. 2005. “IFLA and Social Responsibility: A Core Value of Librarianship.” In *Libraries, National Security, Freedom of Information Laws and Social Responsibilities: IFLA/FAIFE World Report*, edited by Susanne Seidelin and Stuart Hamilton, 33–43. The Hague, Netherlands: International Federation of Library Associations and Institutions.
- Morris, Emily. 2014. “Unexpected Cuba.” *New Left Review* 88 (July-August).
- Pateman, John. 2001. “The Development of Public Libraries in Cuba since 1959.” *Library History* 17 (3): 189–95.
- Ranganathan, Siyali Ramamrita. 1954. “IFLA: What It Should Be and Do.” *Libri: International Library Review* 5 (2): 182–89.
- Simons, Gary F., and Charles D. Fennig, eds. 2018. “Summary by Language Size.” In *Ethnologue: Languages of the World*. 21st ed. Dallas, TX: SIL International. <http://www.ethnologue.com/statistics/size>.
- Sparanese, Ann. 2001. “Statement to the ALA International Relations Committee’s Subcommittee on Latin America and the Caribbean, January 8, 2001.” *Library Juice* 4 (S9, Cuba). “Statement of Librarians from the United States and Puerto Rico on US-Cuba Relations, Havana, 1994.” 2000. In “Good Stuff on Cuba.” Supplement, *Library Juice* 3 (38).
- Terry González, Marta. 2009. IFLA-FAIFE PAHI (Public Access to Health Information) Workshop Materials. Draft. In the collection of the authors.
- Wedgworth, Robert. 1994. “The Virtual IFLA: Moving Knowledge through Time and Space.” Paper presented at the annual meeting of the International Federation of Library Associations and Institutions, August 21-27, 1994, Havana.

Kate Williams-McWorter obtuvo su doctorado en la Universidad de Michigan. Trabaja como profesora asociada en la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. <http://go.illinois.edu/katewill>.

Abdul Alkalimat obtuvo su doctorado en la Universidad de Chicago y es ahora profesora emérita de estudios afroamericanos y ciencias de la información en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. <http://alkalimat.org>.